

isabelinos y esparteristas, todos los cuales creían que el triunfo debía ser suyo.

Al regresar á Cartagena la comisión de diputados que había ido á Italia en busca de Don Amadeo, vió, con la mayor sorpresa, que el general Prim no se hallaba en la ciudad, y que en su lugar se presentaba en la fragata *Numancia* á Don Amadeo, el brigadier Topete manifestándole graves sucesos ocurridos.

En la noche del 27 de Diciembre, al salir del Congreso la berlina en que iba el conde de Reus, con sus ayudantes, encontráse detenida por dos coches que, de intento, se habían cruzado en la angosta y solitaria calle del Turco. Asomóse á la portezuela el ayudante señor Moya, y rápidamente exclamó: — « Bájese usted, mi general, que nos hacen fuego. » Instantáneamente aparecieron algunos hombres armados de carabinas y trabucos que dispararon á quemarropa, casi dentro del coche. El ayudante Naudín, que puso su mano delante del pecho del general, recibió un terrible metrallazo, dirigido á éste. En los primeros instantes, creyóse que la herida recibida por el marqués de los Castillejos era leve; mas pronto se impuso la triste realidad, y después de dos días de angustia, dominado por una congestión que los médicos no pudieron combatir, sucumbió el héroe de Africa, á las cinco y media de la tarde del día 30. Topete dijo al Rey, que, al saber el suceso, había volado al lecho de Prim; que junto aquel lecho ensangrentado el Regente le confió una comisión de honor, y que venía á buscar al monarca elegido por las Cortes soberanas, respondiendo de su vida con la suya propia.

Quiso Don Amadeo saltar á tierra para visitar el arsenal y la población, y en ella fué recibido por los generales Concha, Ros de Olano, Córdoba, Echagüe, Cotoner, Serrano Bedoya, Cervino y otros varios, al grito de *¡Viva el rey de España!*

No tardó Don Amadeo en subir al tren que le estaba preparado, dirigiéndose á Madrid, en cuya estación le aguardaba el Regente don Francisco Serrano.

Después de descansar breves momentos en la estación, la comitiva se puso en marcha yendo el Rey á caballo, á su derecha el Regente, y detrás los directores de las armas, dirigiéndose á la Basílica de Atocha, á visitar el cadáver del general Prim, ante el cual estuvo orando algunos momentos. Tal es la escena que representa el gran cuadro de Gisbert, que hoy publica ALBUM SALÓN, unánimemente elogiado, y cuyo mayor mérito estriba en que todos los personajes son fidelísimos retratos.

Después de la jura en las Cortes, dirigióse Don Amadeo al Ministerio de la Guerra, donde entró profundamente conmovido, y luego de saludar á la virtuosa duquesa de Prim, abrazó al hijo de aquel ilustre caudillo, y con turbado acento le dijo: — « ¡Qué pérdida para vosotros y para mí! »

La causa formada por dicho asesinato, no arrojó luz alguna sobre quienes pudieran ser los autores. Con la muerte de Prim, perdió su familia un padre y un esposo amantísimo, el ejército uno de sus más bizarros é inteligentes generales, y España uno de sus hijos de mayor valía.

E. RODRIGUEZ-SOLIS



A LA LUZ DEL QUINQUE. — Cuadro de LUIS GRANER.

EL MENTIR DE LAS ESTRELLAS (FACETA).

EL HOMBRE. — El fakir de Dahaly, el que hace crecer, por el solo poder de su mirada, la semilla que tardaría semanas en romper la tierra que la aprisiona, el que ha descubierto los arcanos todos de la naturaleza, me ha dicho que únicamente las Estrellas eran capaces de remediar mis desventuras. Por eso os he invocado; por eso me atrevo á preguntaros si os dignaréis calmar mis penas.

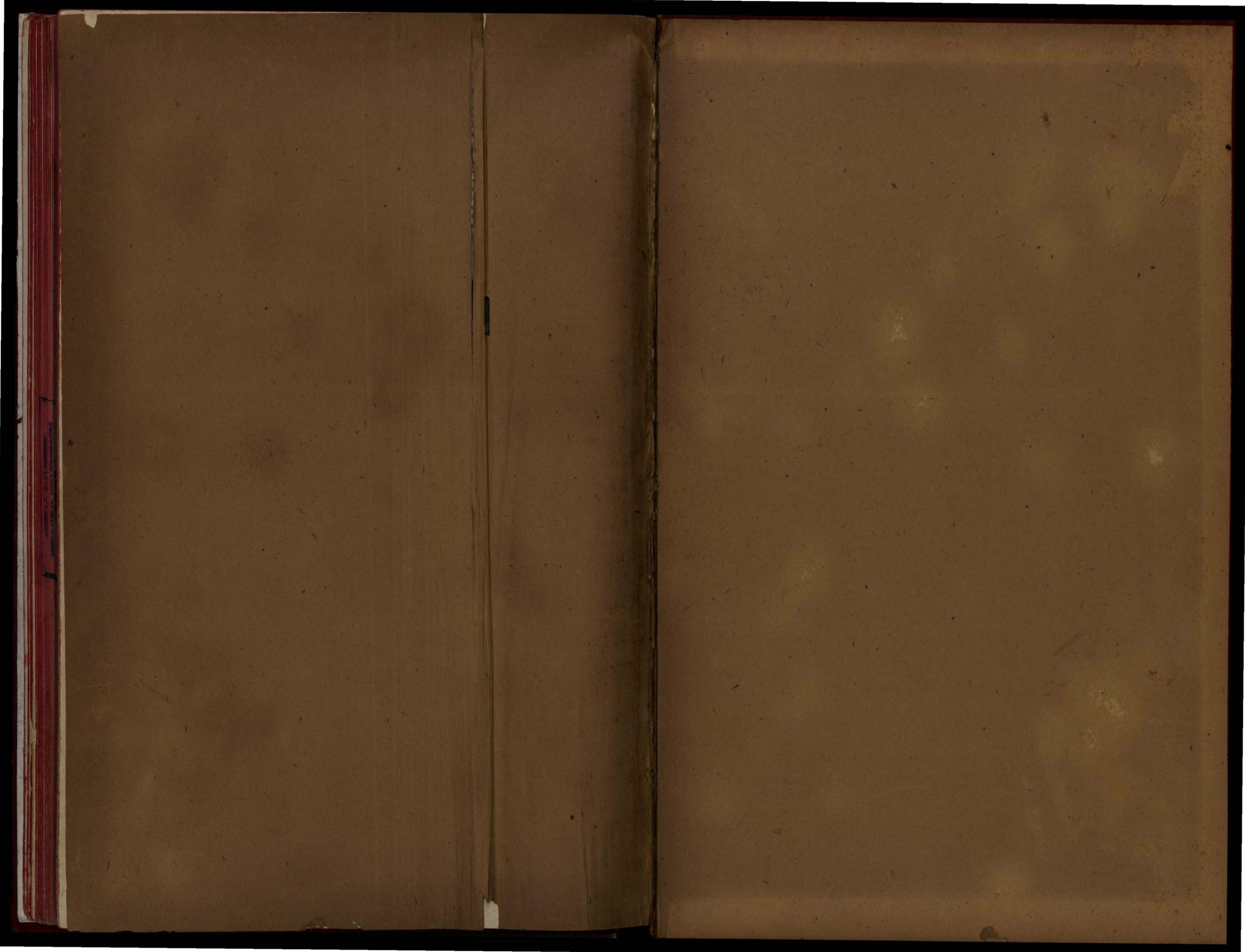
LA ESTRELLA. — Primero me has de explicar en qué consisten.

EL HOMBRE. — Los hombres mis hermanos, me han reducido á la última miseria. Cuando vine al mundo, encontréme con que no había ya sitio para mí. Unos se habían apoderado de los bosques, otros de los campos, cuales de los montes y valles; los más listos eran dueños del oro y de la plata; los más sabios se incautaron de la alegría y de la dicha. Vagué mucho tiempo por el mundo sin hallar nada de provecho. Topé un día con una gran caja muy bien cerrada. Creí haber conseguido mi fortu-

na. Dentro de la caja había guardados todos los dolores, todas las penas y miserias; todas las desesperaciones y amarguras que antes andaban sueltas por el mundo y que penetraron en mi espíritu. Desde el día y hora en que hice tan fatal hallazgo, no tengo un momento de calma. ¿No podréis hacer que mi tormento cese?

LA ESTRELLA. — En un punto habrá terminado. ¿Ves aquella montaña? Sube á su cima. Y cuanto tus pies resbalen sobre la nieve eterna, cuando tu cabeza toque las nubes, entonces, por un acto de voluntad, espárces al aire todas las calamidades que en tí han hecho presa. Y la desesperación, el dolor, la pobreza y la miseria negra, caerán sobre el mundo y quedarán repartidas entre todos los hombres.

Y el desdichado siguió el consejo de la Estrella, y las desdichas se mezclaron á las alegrías, y un hombre solo no soportó el peso de todas ellas.



82